

TESTIMONIOS SOBRE JULIO GODIO
EL IMT, Instituto Mundo del Trabajo

**I. JULIO GODIO: UN EMBLEMA DE LA INTELLECTUALIDAD AL
SERVICIO DE LOS TRABAJADORES**

Rubén Cortina

Buenos Aires, junio 2019

Confieso que cuando me enteré de que Julio nos había dejado no solo lloré. También me invadió un sentimiento de soledad. Es que habíamos construido, a lo largo de 15 años una amistad entrañable. Aunque lo conocía desde mediados de la década del 80, a partir de 1996 profundizamos nuestra amistad a punto de vernos individual y familiarmente casi todos los días hasta su fallecimiento en 2011.

Alla por el 96 atravesábamos los últimos años y el deterioro del gobierno de Menem. La oposición advertía la posibilidad de quedarse con las elecciones del 99. Aunque la década del 90 nos dejaba un mercado laboral flexible y con más preguntas que respuestas tampoco estaba claro el futuro si ganaba lo que en poco tiempo más se constituyó como la Alianza. Los análisis y escritos de Godio de aquel entonces son para leerlos hoy. En 1998 fundamos el Instituto del Mundo del Trabajo, junto a otros entrañables amigos. A partir de allí mi trabajo junto a él se intensificó de manera notable. Y mi aprendizaje se potenció.

Godio analizaba Argentina partiendo de un concienzudo análisis de la realidad global y la cuestión sindical desde un profundo conocimiento de la historia del movimiento obrero mundial, regional y nacional.

Ubicado a la izquierda del espectro político, su visión de la evolución de la izquierda y el progresismo no fue ajena a un compromiso militante en diversas experiencias argentinas hasta último momento. Su vocación de estudiar y escribir le valieron un respeto de parte de la intelectualidad filosófica y política de América Latina. Corroboran esto sus más de 35 libros, hoy de actualidad como para ser libros de cabecera de cualquiera que pretenda conocer la turbulenta y desafiante historia argentina y del movimiento sindical. Las noches de debate y charla en El Taller, café de la Placita Cortázar, nos alcanzaba, al pequeño grupo de amigos que lo acompañábamos en interminables jornadas de café.

Tengo muchos recuerdos de Julio. Uno que se me cruza casi permanentemente por su confianza, su ánimo de participación y hasta diría su intrepidez. Caminábamos una tarde por el centro porteño y, pipa en mano, se detuvo y me invitó a escribir un libro con él. “Julio, ¿Estás seguro? ¿Un libro conmigo? ¡Siii! ¿O no tenes nada para contar”? Así salió, en el 98, el mismo año de la creación del Instituto, “La Incertidumbre del Trabajo” coescrito con él y otros dos amigos. ¡Título premonitorio si lo había! Por lo que pasó pocos años después...y hasta hoy.

Buen tipo, además, Godio. Buen amigo, buen consejero. Todavía leo sus libros, me acuerdo de esa tarde en el centro porteño, de las noches en El Taller y de esa etapa de mi vida trabajando con él.

II. JULIO GODIO. EMBLEMA DEL MUNDO DEL TRABAJO LATINOAMERICANO

Alberto “Pepe” Robles

Hace casi diez años, el 20 de mayo de 2011, murió Julio Godio. Su vida y su obra tienen algo inusual, la coherencia aplastante de haber permanecido contra viento y marea en el bando de los trabajadores de su país y del mundo.

Un investigador militante. La obra de Julio es sorprendentemente inmensa. Escribió 50 libros sobre el movimiento obrero y política. Muchos ya son clásicos. Propuso un modo original de pensar nuestras sociedades, partiendo de las luchas de los trabajadores y enhebrándolas con los cambios políticos y económicos. Julio se sabía parte del movimiento obrero, aceptándolo y respetándolo tal como se presentaba históricamente en cada lugar. Solía decir que había que construir “un puente entre los trabajadores del mundo que son mayoritariamente socialistas y los trabajadores argentinos que son mayoritariamente peronistas: ni unos ni otros pueden ni deben dejar de ser lo que son”. Su obra es ese puente.

Escribió su primer libro en 1971, “*Los orígenes del movimiento obrero*” y no se detuvo más. Al año siguiente publicó “*La Semana Trágica*”, que marcó a toda una generación que quería hacer realidad sus sueños de justicia social. En 1980 alcanzó resonancia continental con su “*Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano*” y al finalizar el siglo hizo cumbre con su monumental “*Historia del Movimiento Obrero Argentino 1870-2000*”.

No dejó de abrir senderos nuevos para responderle al neoliberalismo y generar experiencias alternativas en la globalización: “*El mundo en que vivimos*” (2000), “*El Mercosur, los trabajadores y el Alca*” (2004), “*La anomalía*”

argentina” (2006) y su libro final, resultado de sus más profundas reflexiones frente a los desafíos del siglo XXI, “*El futuro de una ilusión: socialismo y mercado*” (2011), donde analiza las perspectivas para construir un nuevo tipo de “sociedades de trabajo”. Leídos desde el inicio de la tercera década del siglo XXI, sorprende la claridad que tenía para percibir las tendencias profundas que estaban impulsando a la humanidad.

Pero Julio jamás investigó para la academia. Se consideraba un militante antes que nada y para él la investigación era un acto de militancia. Comenzó como activista estudiantil y a los 20 años presidió la Federación Universitaria de La Plata, su ciudad natal. Continuó vinculándose orgánicamente con los sindicatos hasta el día de su muerte. La suya es una investigación para la militancia, comprometida con la lucha y orientada a la lucha.

Construía su pensamiento oyendo. Oyendo a los delegados, a los jóvenes, a los viejos, a los militantes, a otros investigadores. Antes que nada era un gran escuchador. Siempre pensando en grupo, colectivamente. Siempre al lado de las mayorías. Siempre pensando sin dogmas ni esquemas.

Como otros luchadores latinoamericanos, pagó con el exilio su posición, cuando era inminente su asesinato por la Triple A en 1974. Volvió al país en 1984 y apoyó activamente el proceso de consolidación democrática en Argentina y los demás países del Cono Sur. Adhirió finalmente al proceso político iniciado con la presidencia de Néstor Kirchner y seguido por Cristina Fernández de Kirchner y fue parte del mismo, desde el primer momento hasta su último día, defendiendo su configuración como un amplio frentismo de características patrióticas. Sobre el kirchnerismo escribió dos libros: “*El tiempo de Kirchner*” (2006) y “*CFK*” (2008). Admirador del padre Bergoglio, solía decir que era un sabio

e iba a ser Papa: le hubiera gustado mucho saber que dos años después de su muerte Bergoglio se transformaría en Francisco.

Inventor del sindicalismo sociopolítico. Julio jugó un papel crucial en la recuperación del sindicalismo en América Latina, una vez derrotadas las dictaduras que arrasaron el continente. En los '80, representando a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) en la Oficina de los Trabajadores de la OIT (ACTRAV), Julio fue decisivo para recuperar la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y promover un nuevo tipo de acción sindical basada en las mejores tradiciones del movimiento obrero latinoamericano: **el sindicalismo sociopolítico**. Había que ir más allá de un sindicalismo puramente combativo y reivindicativo, para incidir en el contenido de la democracia. Así quedó plasmado en el XII Congreso de la ORIT de 1989, con el panameño Luis Anderson a la cabeza, antecedente de la actual Confederación Sindical de las Américas (CSA).

Ese moderno sindicalismo sociopolítico contribuyó a consolidar la democracia desde la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur (CCSCS) y que finalmente emergió como una fuerza protagónica en Sudamérica, en la última década, llegando a aportar dos presidentes: Lula en Brasil y Evo Morales en Bolivia.

Julio alentó a los sindicatos a organizarse para actuar en el Mercosur, creado en 1991, cuando pocos entendían la importancia de que el trabajo se organizara regional y globalmente. Fue uno de los primeros en entender que el Mercosur era una herramienta útil para los trabajadores, en la globalización y frente al ALCA. Fue uno de los constructores silenciosos de ese Mercosur sociolaboral que logró parar el ALCA en la Cumbre de las Américas de 2005 y luego confluir hacia la Unasur.

Fue también un incansable promotor del diálogo social, que comprometiera al sindicalismo con la empresa y la producción, mediante un sistema de «cogestión a la argentina» y la creación de un Consejo Económico Social. Le hubiera gustado leer la noticia en los diarios de esta semana que el presidente Alberto Fernández esperar poder crear el Consejo Económico Social antes de terminar 2020.

El Instituto del Mundo del Trabajo. Julio era el Instituto del Mundo del Trabajo. Fundado en 1997, en el IMT confluyó una nueva manera de ver el papel del trabajo y del sindicalismo, luego de que se desatara la globalización. Desde el IMT, Julio anticipó los avances populares en la Sudamérica de la primera década del siglo XXI. Creó el IMT para decir que no había que desesperarse ante la globalización, sino que había que redoblar la apuesta y globalizar la acción sindical y de los movimientos sociales, entre los que destacaba el feminismo, antes que el Movimiento #NiUnaMenos irrumpiera como un huracán. De su mano, el sindicalismo argentino se mercosurizó, se sudamericanizó y se latinoamericanizó.

El compañero. Pero por sobre todas las cosas Julio fue siempre un compañero. Acompañado siempre por su pipa y su pachorra, hablaba con todos y sobre todo, oía. Carecía todo sentido del egoísmo y de figuración individual: el conocimiento estaba para ser compartido y usado en la lucha. Nunca aceptó una posición cómoda. Le incomodaba la comodidad. De una austeridad y una honradez ejemplares, vivió y murió militando como un compañero más: en el Ministerio de Trabajo, en los sindicatos, en las unidades básicas, los centros populares, los actos políticos, las cooperativas, las fábricas tomadas. Julio viajaba adonde le pidieran. Era plenamente consciente que el pueblo trabajador no estaba solamente en Buenos Aires, y mucho menos en el centro de la Capital Federal, sino que

había que llegar hasta el último pueblo.

Julio finalmente fue más que mucho más que un compañero, fue un amigo, al que extrañó y muchas veces imaginó sentado en la mesa del café, en la placita Serrano, plácidamente, con su pipa, analizando el devenir del país y el mundo, con la frescura mental de un chico.

III.LOS AÑOS DE GODIO

Amalia Villarroel

Buenos Aires, diciembre 2020

La historia en común con Julio Godio se inicia a partir de la lectura y el descubrimiento del concepto de Mundo del Trabajo, que instalara en nuestro imaginario, mucho antes de conocerlo personalmente

Corría 1984, resurgía la acción sindical en Argentina, y la nueva democracia alumbraba una también nueva generación de dirigentes; era necesario reorganizar los sindicatos devastados por la acción de la dictadura, formar cuadros que pudieran comprender la nueva coyuntura, y sus responsabilidades en relación con ella

Godio, a la vuelta del exilio, trabajaba en la Fundación Friedrich Ebert; yo retomaba mi actividad sindical en la estructura de UPCN como secretaria de prensa. En ese marco, organizamos encuentros con referentes insoslayables del mundo del trabajo, Omar Moreno en la Fundación, representantes de la OIT, de la Histadrut, central obrera israelí, de la AFL-CIO...que con generosidad nos acompañaron en esa tarea

Historia del movimiento obrero, organización sindical, la formación de los delegados , la reflexión sobre los nuevos temas del mundo del trabajo, cuestiones como la revisión del modelo sindical, la flexibilidad, el trabajo por tiempo determinado, el desempleo y la informalidad laboral, la importancia del diálogo social, fueron los temas objeto de reflexión y debate no sólo en el campo sindical, sino en su análisis e interpretación de los cambios políticos.

En una sociedad que viraba peligrosamente al neoliberalismo, el concepto de *sindicalismo sociopolítico* fue fundamental para pensar al movimiento de trabajadores participando creativamente de la concertación.

Julio trabajó intensamente para el movimiento de los trabajadores en todas las instancias de su vida, desde todos los ámbitos, OIT -ACTRAV, FES.

Fuimos compañeros también en la práctica docente: Godio , quien la había ejercido en el exilio, fue convocado por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, donde se lo recuerda en la cátedra de Relaciones Laborales.

También lo acompañé cuando creó el IMT, Instituto Mundo del Trabajo, desde donde orientó tareas de formación sindical, investigaciones, presentaciones, seminarios de debate político , publicaciones

Julio no fue solo un teórico, o un observador aséptico de su tiempo: comprometido desde siempre con las causas populares, actuó decididamente en la acción política: en sus últimos años, fue asesor destacado del Ministerio de Trabajo y la Jefatura de Gabinete acompañando a un dirigente como Alfredo Atanasof, e impulsando el diálogo social como mecanismo superador de la crisis política y económica del 2001, espacio en el que compartimos trabajo y reflexiones siempre creativas, adelantadas a su tiempo

En esos años, el concepto de sindicalismo sociopolítico fue nuevamente fundamental en las mesas del Diálogo Argentino de 2002, permitiendo llegar a diseñar políticas de protección social para atender a los imperativos de la crisis.⁴

Su apoyo al kirchnerismo, expresión del justicialismo neo desarrollista , se tradujo en su fundamental colaboración con el Ministerio e Trabajo ,antes con Néstor, luego con Cristina .constituyéndose no sólo en referente e intérprete de la realidad, sino en consejero y orientador de políticas

Inspirador, respetado y reconocido por todos, aún por sus adversarios políticos, no dudo en afirmar que fue uno de los imprescindibles...

IV. UN IDEARIO: RECORDANDO A JULIO

Gerardo Codina

Buenos Aires, diciembre 2020

Próximo a cumplirse los diez años de su muerte el pensamiento socio político de Julio Godio permanece vigente, no sólo en el terreno del sindicalismo latinoamericano, con el que tuvo una larga y fecunda interrelación, sino a la hora de revisar las más radicales experiencias transformadoras y su devenir.

Apasionado y comprometido, Julio nunca fue imparcial. La militancia política y la investigación científica siempre fueron para él dos aspectos unidos en función de un mismo objetivo, la construcción de sociedades democráticas, integradas y socialmente justas, “sociedades del trabajo”, como las denominaba en oposición a las “sociedades de mercado”, heredadas del neoliberalismo.

Hacer realidad ese paradigma de sociedades del trabajo era el camino que Julio encontraba transitable y necesario para conjugar la democracia con la justicia social y el desarrollo económico. Advertía que, de no lograrse ese objetivo, por un lado la democracia podía volverse algo ajeno a los intereses de las mayorías marginadas del desarrollo y que también podía ocurrir que “el malestar posmoderno será funcional al asalto a la razón que se incuba en el capitalismo liberal global “¹, algo que Bolsonaro, Trump y Boris Johnson muestran en estos días pandémicos suficientemente.

Esta prospectiva lo incitaba a procurar definiciones científicas sistemáticas de las sociedades de trabajo, pero a la vez le marcaba la hoja de la ruta que debían transitar en su opinión las organizaciones sindicales para promover los derechos de los trabajadores en el contexto de una fuerte “autorrevolución” del capitalismo devenido en sociedades de la información, con millones de desconectados distanciados de los integrados gracias a contar con una conexión.

Lector atento y curioso de las transformaciones en curso, también se implicó en realizar una relectura crítica de los dos mayores intentos de transformación revolucionaria de las sociedades. Como un eco persistente de sus inicios políticos e ideológicos, “El futuro de una ilusión”² se convirtió en su último gran aporte. En ese texto Julio reconstruye el recorrido histórico de las revoluciones rusa y china, y encuentra que la segunda aprovechó a su modo la experiencia de estimular el desarrollo del mercado como estrategia de crecimiento que implementó brevemente la primera con la NEP (Nueva política económica) leninista, antes de que fuese sofocada por el autoritarismo estadocéntrico del estalinismo.

¹ Godio, Julio. El paradigma de la sociedad de trabajo. Revista Nueva Sociedad 199. 2005.

² Godio, Julio. El futuro de una ilusión. Socialismo y mercado. Ed. Capital Intelectual. Buenos Aires, 2011.

En su exploración se topa con una nota paradójica en ambas experiencias. Las fuerzas que se proponían la transformación revolucionaria de sus sociedades se metamorfosearon en su proceso histórico en las que reaseguraron la persistencia de entidades nacionales amenazadas y evitaron su disgregación, bien que con alto costo humano y social. Circunstancia que revalidaba para Godio el rol de los estados nacionales, pretendidamente superados por el fin supuesto de una historia de triunfo irreversible de la globalización neoliberal.

Este camino de estados socialmente involucrados en la construcción de desarrollo y justicia social mediante el estímulo a los mercados, para Godio no debía antagonizar con la posibilidad de sociedades abiertas y democráticas, sino que encontraba la evidencia de que los avances más sostenidos e intensos en el mundo productivo se alcanzaban estimulando el involucramiento participativo y creativo de los trabajadores en la gestión de las empresas, entendidas como comunidades de trabajo. Participación que debía tener su dimensión cívica en la gestión de los asuntos sociales.

Esa mirada rescataba la centralidad del mundo del trabajo en la configuración de las tramas de relaciones que articulan nuestras sociedades, de igual modo que lo postulado por Christophe Dejours en su obra "Trabajo y sufrimiento" (Madrid. 2009) al analizar las implicancias de la gerencia neoliberal de las empresas en la pérdida de densidad democrática en las sociedades capitalistas avanzadas.

Si las sociedades democráticas posibles deben pensarse como sociedades de trabajo para Godio, las empresas que hacen posible el desarrollo acelerado de nuestras sociedades deben democratizarse y gestionarse como comunidades de trabajo, en las que todos, trabajadores y empresarios satisfacen sus necesidades.

